



CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí 3 Rambla de Cataluña, 151. Barcelona 3 Precio: 4 reales.

Ayuntamiento de Madrid

Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO II

BARCELONA, 1.º DE SEPTIEMBRE DE 1898

NÚM. 25

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

COLABORADORES

Literatos: Leopoldo Alas (*Clarín*).—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Victor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Pedro Barrantes.—Marcos Jesús Bertrán.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar (*Marqués de Valdeiglesias*).—Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez (*Fernanflore*).—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal (*Kasabal*).—Jorge Isaachs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mérida.—F. Miquel y Badia.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—Luis Vega-Rey.—Francisco Villa Real.—José Villegas (*Zeda*).—Baronesa de Wilson.

Pintores y dibujantes: Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.—José Arijá.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabrinety.—José Camins.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusi.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Jaime Pahissa.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Sans Casañ.—Arturo Serriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

Músicos: Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Alberto Cotó.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

¡EN RIDICULO!, por XAUDARÓ.



— ¡Hermosa mujer!

— ¿Señora?

OBRAS PARA PIANO DEL MTRO. A. L. SALVANS

Tres danzas españolas.	Ptas.	3		Tres Mazurkas de Salón.	Ptas.	2
Scherzo Fantástico.	»	3		Primer capricho de Concierto.	»	1'50
¡Souviens-toi!	»	2'50		Minueto de la primera Sonata.	»	1
Vals - capricho.	»	1'50		¡Sola en el mundo! célebre polka.	»	2
A los toros (Gran éxito); paso doble militar.	»	1		La Alhambra, poema sinfonía para orquesta.		

Se hallan de venta en este Centro Editorial Artístico. —*— Para los Sres. Suscriptores, rebaja de 25 por 100 del precio marcado.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Edición la más moderna, lujosa y económica.

UN REAL CUADERNO

Tirada especial para los Cervantistas, de cien únicos ejemplares numerados, en papel superior; al precio de 75 ptas.

Se reciben encargos para los pocos ejemplares disponibles.

CENTRO EDITORIAL ARTISTICO

DE
MIGUEL SEGUI

151, Rambla de Cataluña, 151

BARCELONA

TORRE DEL BARÓ



¡EN RIDÍCULO!, por XAUDARÓ.



— Caballero, creo que se ha equivocado usted.
— Señora, usted perdona.

— ¡.....! —

INTERESANTE A LAS SEÑORAS

Por medio de un procedimiento completamente inofensivo, se extrae instantáneamente y con toda su raíz el vello del rostro ó de los brazos, sin que quede ni el más pequeño rastro de haber existido.

Lo que se aplica para ello, á la vez que no es depilatorio, es tan higiénico y favorable para el cutis, que éste lo deja fresco, limpio, fino y hasta lo hermosea.

Este sin rival procedimiento es aplicado por su inventora

✧ TERESA GARCIA MARTINEZ ✧

por cuyo motivo las señoras que lo deseen, pueden, sin reparo y con toda satisfacción, dirigirse á ésta su casa,

*** Calle de Colón, núm. 8, bajo. *** VALENCIA ***

JUAN B.^{TA} PUJOL & C.^A EDITORES

1 y 3, Puerta del Angel, 1 y 3 - BARCELONA

MÚSICA DE TODOS GÉNEROS Y PAÍSES

PIANOS, ARMONIOS, ÓRGANOS É INSTRUMENTOS DE ORQUESTA Y BANDA

REPRESENTACIÓN Y DEPÓSITO DE LAS PRINCIPALES CASAS EXTRANJERAS

CONTRATAS ESPECIALES — COMPRAS DIRECTAS

Agentes en París, Bruselas, Berlin, Leipzig,

Hamburgo, Londres, Milán y Viena.

Precios los más económicos y existencias las más importantes de la Península.

CATÁLOGOS GRATIS — EXPEDICIONES DIARIAS

JABON DE BABA DE TORO **¡¡PRODIGIOSO Y VALIOSO DESCUBRIMIENTO!!**

Destruye las manchas y barros. — Hermosea y suaviza el cutis. — Gran Vigorizador de los órganos. — Probadlo y leed el prospecto que acompaña á cada pastilla. — Representante en España,

D. EMILIO MARTINEZ

CALLE DE ARAGON, NÚMERO 345 BARCELONA

De venta en las principales Perfumerías, Peluquerías y Droguerías.

¡¡PROBADLO!! ¡¡PROBADLO!! ¡¡PROBADLO!!

COMPañÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

Línea de las Antillas, Nueva York y Veracruz.—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales; el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas.—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados á partir del 2 de Enero de 1898, y de Manila cada cuatro jueves á partir del 21 de Enero de 1898.

Línea de Buenos Aires.—Seis viajes anuales para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo.—Cuatro viajes al año para Fernando Póo, con escalas en las Palmas, puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

SERVICIO DE AFRICA. Línea de Marruecos.—Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger.—El vapor *Joaquín del Piñero*, sale de Cádiz para Tánger, Algeciras y Gibraltar los lunes, miércoles y viernes, retornando á Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten cargas con las condiciones más favorables y pasajeros á quienes la compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta.

AVISO IMPORTANTE.—La compañía previene á los comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Para más informes: En Barcelona la Compañía Transatlántica y los Sres. Ripoll y C.^a—Cádiz: la Delegación de la Compañía Transatlántica. — Madrid: Agencia de la Compañía Transatlántica. — Santander: Sres. Angel B. Pérez y C.^a—Coruña: D. E. Guarda. —Vigo: D. Antonio López Neira. —Cartagena: Sres. Bosch hermanos. —Valencia: Sres. Dali y C.^a—Málaga: D. Antonio Duarte.



LA MARAVILLA
IMPIDE LA CAIDA DEL CABELLO

Agua sin rival, preparada por J. Martra; es inofensiva, refrescante; cura la caspa y hace restablecer á los cabellos blancos su primitivo color, sean castaño oscuro ó negro. Basta aplicarlo con un cepillo unos 10 días consecutivos antes de peinarse. No tiene Nitrato de plata y puede rizarse enseguida.

Nota: El agua sobrante no devolverla á la botella.

PRECIO 4 PESETAS

De venta en todas las principales perfumerías y peluquerías.

Encargos: Bailén, 117, 1.º Salón para peinar señoras.

APIOLINA CHAPOTEAUT

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

Historia del general DON JUAN PRIM

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale **UN REAL**, á pesar de contener dieciséis páginas de texto, ó bien ocho y un magnífico cromó.



PIANOS

FORTUNY 3 BARCELONA
PIANOS DE COLA Y VERTICALES
A CUERDAS CRUZADAS Y CUADRO DE HIERRO
ESTILO NOROCCIDENTAL
SE REMITEN CATÁLOGOS



Antes de usarlo

Depilatorio en polvo del Dr. Thomson

El remedio mejor, más perfecto é inofensivo, para hacer desaparecer pronto el vello, único que no ejerce influencia perjudicial sobre la piel. Aplicación sencilla. Resultados positivos.

Precio: 3'50 PESETAS CAJA

Único depósito: Perfumería LAFONT

Call, 30 BARCELONA



Después de usado.

¡ ESTÓMAGO ARTIFICIAL!

ó **POLVOS** del DR. KUNTZ es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del estómago é intestinos, por antiguas que sean. Los vómitos, acedías, ardores, pesadez, flatos, dolores de estómago, cintura, etc., etc., así que diarreas ó estreñimientos, desaparecen á la primera dosis. Exito seguro. Caja 7'50; media caja, 4 pesetas, en farmacias y Madrid, Arenal, 2; Barcelona, Rambla Flores, 4. Pídanse FOLLETOS.

Centro Editorial Artístico de

MIGUEL SEGUÍ

Novelas en publicación y publicadas á las que se admiten suscripciones.

UN REAL CUADERNO

DE ALEJANDRO DUMAS
Memorias de un médico.
El collar de la reina y Angel Pitou.
DE LUIS DE VAL
Morir para amar ó La muerta enamorada.
La hija de la nieve ó Los amores de una loca.
Sor Celeste ó Las mártires del corazón.
La ciega de Barcelona ó la mártir de su inocencia.
La lucha por la existencia.

El hijo de la muerta ó Más allá de la tumba.
El calvario de la vida.
¡Sola en el mundo! ó El manuscrito de una huérfana.
Las hijas abandonadas.

DE F. LUIS OBIOLS
El martirio de un ángel.
Nacer para sufrir. (Historia de una herencia.)
Vivir muriendo.

DE SALVADOR CARRERA
La vengadora de su honra.

DE ALVARO CARRILLO
Amor y patria ó La virgen cubana.

DE LORENZO CORIA
Luna de miel.

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.

MERCEDES DE RIGALT

A PARTE del encanto y prestigio que lleva en sí toda mujer joven, distinguida y bella, la que motiva estas líneas y honra con su retrato esta página, posee otro atractivo superior al de la generalidad; un privilegio que á la naturaleza plugo concederle, para que fuera un conjunto de humanas perfecciones: el privilegio del talento.

Merced á ese dón natural que ella supo aprovechar, consagrándose desde la niñez y con singular constancia, al estudio del solfeo y el piano, figura hoy, cuando apenas ha entrado en la primavera de la vida, entre las personalidades más salientes del mundo artístico.

Nacida en esta ciudad, aquí dió los primeros pasos en la senda de flores que actualmente recorre; pero, su verdadera educación musical recibióla en París. Preparada convenientemente por la entendida profesora Mme. Donne, obtuvo en el primer concurso á que se presentó, la única plaza concedida á los extranjeros en aquel Conservatorio, á pesar de ser extraordinario el número de concurrentes. De tan señalado triunfo data la larga serie de los que han hecho célebre su nombre.

El notable profesor, Mr. Fissot, fué el encargado de pulir, en el citado Conservatorio, las relevantes cualidades de la precoz pianista, quien de tal suerte aprovechó las lecciones del maestro, que no tardó en conquistar el *Gran Premio de Honor*; lauro justamente debido á su aplicación y mérito.

Desde entonces, la señorita de Rigalt, ha tomado parte en los principales conciertos verificados en la capital de Francia, donde la quieren *cual si fuese suya*, disputándosela en las más aristocráticas *soirées*, y siendo solicitada su cooperación para todo acto benéfico, sin negarse nunca; pues así como en su corazón rebosa el sentimiento, al ejecutar la triste melodía de Chopín, por ejemplo, así también su alma de artista es compasiva y generosa, cuando se trata de remediar un infortunio.

Por cierto, que pudo ser víctima de su filantropía, en la terrible catástrofe del *Bazar de la Caridad*, que, con espanto y dolor recordamos todavía. Allí estaba Mercedes, entre las más distinguidas damas parisienses, con su *corbeille* de flores, vendiéndolas á precios elevadísimos, para contribuir con su producto al socorro de los desgraciados y menesterosos. ¡Dios no quiso que el Arte perdiese tan valiosa joya, y sacóla incólume de aquella devoradora hoguera!

Para reconocer la alta consideración y estima en que la tienen nuestros vecinos, basta consignar que el gobierno francés, acaba de conferirla las *Palmas académicas*, nombrándola *Officier d'académie*; distinción que no suele prodigar; pues la concede sólo á méritos muy sobresalientes.

Aunque nadie es profeta en su patria, Mercedes de Rigalt, cuenta en esta ciudad con entusiastas admiradores. Cuantos tuvieron la fortuna de oírla en los conciertos del *Teatro Lírico*, saben lo mucho que vale y lo pregonan sin reticencias. Porque únicamente oyéndola puede hacersele justicia.

Su juego en el piano es perfecto; ora delicado y suave, ora enérgico y brillante, conforme requieren los diversos pasajes de las composiciones que ejecuta. En el género afiligranado (*perlé*), está sublime; venciendo con una maestría é inteligencia prodigiosos, las mayores dificultades, y recordándonos á cada momento el gracioso mecanismo de Ritter. Desde el fogoso Liszt, hasta el melancólico Chopín, lo propio que los autores clásicos, intérpreta los á todos, con profundo conocimiento y apropiado carácter, en su respectiva escuela.

También el público madrileño tuvo ocasión de tributarle extraordinarias ovaciones, en los conciertos del Príncipe Alfonso, donde dejó afianzada su reputación ya indiscutible de concertista de primera fuerza.

Y decimos indiscutible, no por nuestro único y modesto criterio, sino



Fot. Napoleón.

sumando los diversos juicios, todos altamente laudatorios, conque lo ha robustecido la prensa de las antes citadas capitales; cuya unanimidad constituye el mejor diploma que puede apetecer quien consagra al Arte sus alientos, y en él cifra las esperanzas de un próspero y dichoso porvenir.

Aquellos de nuestros apreciables lectores que hayan presenciado alguno de los ruidosos triunfos de nuestra insigne compatriota, ó saboreado, con sentido embeleso, los torrentes de armonía que sus delicadas manos arrancan al blanco teclado, verán en estos ligeros apuntes un justísimo tributo, ajeno á toda pasión, y unirán sus aplausos á los nuestros, espontáneos y leales.

Barcelona puede enorgullecerse de contar entre sus predilectos hijos, á una Mercedes de Rigalt, que tanto la adorna como mujer y enaltece como artista.

A. SALVANS

RECUERDOS DE LA MANIGUA

LAS JORNADAS

PODRÁ discutirse, al recordar la tristísima campaña de Cuba, si era ésta ó aquella la política más apropiada para vencer la rebelión; si de continuar en el mando aquel ó el otro general, habrían conseguido nuestras armas exterminar la insurrección.

No faltará quien censure, con más ó menos acierto y justicia, la campaña llevada á cabo por algunos jefes; y también habrá quien defienda con éxito ó sin fortuna la administración militar.

Como en todas las cosas, nunca está la censura lejos del elogio, y donde muchos lloran no falta quien ría.



Para todos los gustos encontrarán argumento los futuros polemistas que escojan, como tema de sus discusiones, la historia tristísima de la actual rebelión cubana. Toda pasión podrá quedar satisfecha, la del crítico acerbo y uraño, como la del patriota incondicionalmente entusiasta.

Sólo una excepción aparece, que nadie discutirá; el humilde soldado.

Libre de toda censura, muy por encima de todo elogio, vuelve indiscutible de tan penosa guerra.

Cuanto se ha escrito y dicho para ensalzar las virtudes que le ennoblecen, no llega á dar remota idea de su heroísmo, docilidad y prodigiosa resistencia.

No creemos existan palabras que puedan hacer fielmente su elogio, ni describir las penalidades, privaciones y rudísimos trabajos que ha soportado durante tan dilatada lucha.

Constantemente amenazado por un enemigo que rara vez pelea frente á frente, es víctima á cada instante de traidoras emboscadas y cobardes macheteos; y tiene en contra, además del adversario que le combate con balas explosivas y pozos ocultos por el espeso ramaje de los maniguales, aprovechando toda clase de asechanzas y malas artes de la guerra, el vómito, que los mambises han bautizado con el pomposo nombre de *gran patriota cubano*, el paludismo, el tífus, la viruela, la disentería y el pasmo, amén de otras enfermedades que, á los pocos días de operaciones, dejan en cuadro un batallón; viéndose en muchos casos que de un núcleo de mil hombres quedan tan sólo setenta combatientes útiles, sin que pueda atribuirse una sola de las bajas, al hierro de los manigueros.

No son aquellas marchas, bajo un sol de plomo, las jornadas que en la península y en Africa llevaban á los soldados al lugar del combate, entre alegres canciones y bulliciosa algazara.

Un desfile silencioso y triste, que más parece de espectros que de soldados en condiciones de luchar; arrastrándose penosamente bajo el peso del equipo, el armamento y las raciones; mirando recelosos á cada lado del trillo seguido, en espera de la traidora descarga, que, al amparo del espeso manigual vecino, ha de hacer, á mansalva, dolorosas bajas en la menguada columna.

Los pies devorados por las niguas; el rostro y las manos por mosquitos, de cuyo agujoneo y voracidad sólo puede darse cuenta el que ha servido de blanco á su acerado y venenoso aguijón. Acompañados por el vuelo de las *auras tiñosas*, que tienden sus negras alas y sanguínea cabeza, preparando en el insaciable buche, la tumba viva para el infeliz herido que los combatientes no pueden recoger, ó el cadáver que, por los rigores de una lucha implacable, que ni las sombras de la noche hacen cesar, queda abandonado; sin encontrar el reposo eterno en una fosa de aquella tierra, donde, de haber puesto losas y cruces para perpetuar el recuerdo de los hijos de España allí perecidos, no habría lugar para los campos de caña ni las vegas de tabaco.

No regulan los movimientos de la columna en marcha, los vibrantes sonidos de las cornetas; con un silbato se transmiten las órdenes, para que la poca intensidad del sonido no ponga sobre aviso al enemigo.

Las sinuosidades del terreno y la espesura de la maleza obligan con frecuencia á marchar en fila de uno; haciendo imposibles los tranquilizadores flaqueos: en esos instantes, corre toda columna gravísimo peligro, y aumenta la preocupación, oyéndose sólo la voz de los jefes que gritan: *no perder el contacto*; mandato obedecido ciegamente, pues el separarse de la fuerza equivale á despedirse de la compañía de los vivos.

Gente armada á vanguardia, corra la voz; suelen ser las únicas palabras que levantan el espíritu y hacen desaparecer la fatiga, tomándose como momento de descanso, el de luchar con el enemigo.

El valiente general Segura ha recurrido alguna vez á una ingeniosa estratagema para conseguir que sus heroicos batallones de Mérida, Zamora, y el famoso escuadrón de Camajuaní, sacasen fuerzas de flaqueza. Sus ayudantes, Terrer é Ibáñez Marín, volvían de inspeccionar la marcha de la columna.

—No llegamos general, nos faltan cinco kilómetros y esta gente está rendida. — Un kilómetro representa con frecuencia la jornada de un día.

—¿Qué hacemos?...

—No queda otro remedio que llegar, — contestó el jefe.

Después de reflexionar un momento, les dijo:—que tiren unos tiros á vanguardia; los muchachos creerán que ya tenemos en frente á esos morenos... y veréis el resultado.

La orden fué ejecutada; oyéronse varias descargas y las voces de combate *¡adelante chicos! ¡arriba Camajuaní! ¡barijo!* Una hora después, estaba la fuerza en el sitio designado, *chapeando* el monte en un delicioso campamento, y celebrando los que estaban en el secreto, el magnífico resultado del originalísimo recurso ideado por Segura.

Cuando la obscuridad de la noche sorprende, tras el brevísimo crepúsculo tropical, á una columna en marcha, las dificultades aumentan de tal modo, que el avanzar unos centenares de pasos representa labor de titanes.

Agobiados bajo el peso del *macuto* y de las armas, ruedan en peligrosas caídas.

—¿Qué ocurre? — preguntaba el general Bernal, viendo que un grupo de soldados detenía la marcha de la columna en el tortuoso sendero que conduce á la *Cuchilla del Caimito*.

—Un jinete que ha caído en este pozo, — le contestaron.

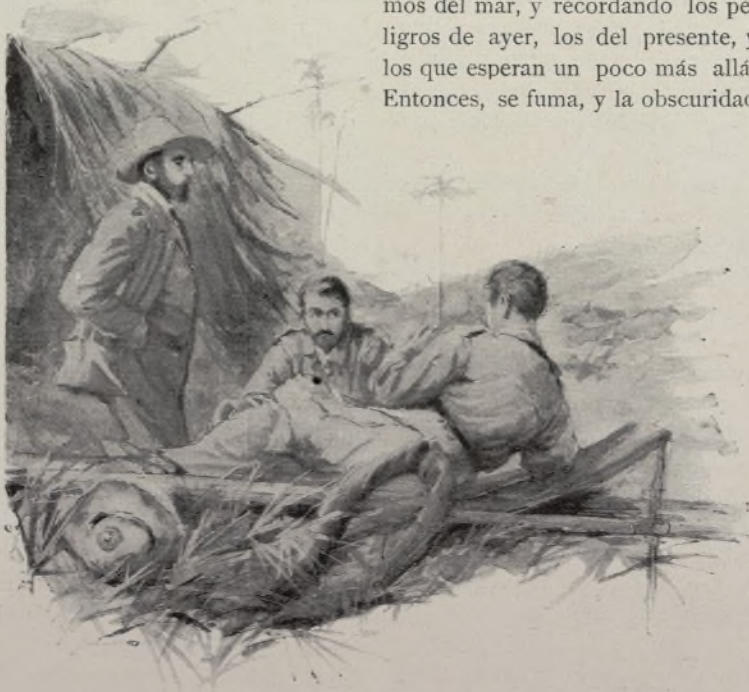
—No dejarme aquí, por Dios;—se oía gritar, en el fondo de aquel siniestro agujero.

—Traer cuerdas y encender un fósforo... ocultando el reflejo cuanto sea posible; no sirva de blanco la luz á los *vecinos*, y nos cueste diez bajas el salvar á este infeliz.

Poco después, continuaba la interrumpida marcha, con un herido más en la impedimenta y un caballo menos en los escuadrones; desfilando todos tristes y penosamente, en el lúgubre silencio de la noche, sólo interrumpido por las alarmantes llamadas del misterioso pajarillo *Xiju*.

Cuando, en los desfiles nocturnos, la proximidad del enemigo no exige rigurosísima precaución, y cuando no se hacen recomendaciones tan terminantes y precisas como las de *¡pegar un tiro al que encienda un cigarrillo!*, suele oírse algún comentario, pero rara vez un chiste, y nunca una canción.

Envueltos en la transparente manta, para defenderse del copioso rocío que cala hasta los huesos, caminan, pensando quizá en los seres queridos de quienes les separan los abismos del mar, y recordando los peligros de ayer, los del presente, y los que esperan un poco más allá. Entonces, se fuma, y la obscuridad



permite que el soldado diga al jefe: *¡tú, dame lumbre, puño!* En esta forma, se dirigió al general Bernal un guerrillero. Toma, — contestó éste bondadosamente, y alargándole el riquísimo tabaco *de fumá*.

El contacto del veguero le hizo fijarse, y al descubrir que hablaba con tal familiaridad al jefe de la expedición, picó espuelas, diciendo con espanto — ¡el general! — Devuélveme el puro, gritaba éste riéndose. — Vuelvo, — decía el soldado, mientras se alejaba con la velocidad que le permitían su caballo y las sombras de la noche.

En las marchas, después de un combate, el transporte de heridos resultaba enorme complicación.

Muy distantes, generalmente, del lugar de la lucha los poblados donde pueden dejarse con seguridad los infelices á quienes alcanzó el hierro ó el plomo enemigos, se tropieza, al transportar el convoy, con dificultades y obstáculos casi insuperables; debilitándose la fuerza de la columna de modo desproporcionado. Doscientos soldados que en un encuentro tienen diez heridos graves, pierden ochenta combatientes, con los hombres, y el relevo necesarios, destinados, en terreno quebrado, al servicio de las camillas.

Todos los oficiales, para jornadas largas, llevan caballos; pero se puede asegurar que no son quienes más los utilizan: nunca falta en la compañía un soldado enfermo, al que ceden generosamente la cabalgadura,... y caminan jefes y oficiales á pie, abriéndose paso entre la áspera maleza ó la yerba *guinea*; cuya altura excede de la de un hombre á caballo, cubriendo tupidamente las sabanas, de tal modo, que muchas veces es peligroso atravesarlas, pues suele costar la vida á hombres, reses y caballos, que perecen asfixiados.

Espectáculo corriente es ver que un soldado carga con el equipo del compañero fatigado ó víctima de la fiebre; sosteniéndole cariñosamente. Sólo por llevar uno las mochilas y los fusiles de los dos, puede generalmente averiguarse cual es el enfermo; el aspecto en todos es igual: ninguno deja de inspirar compasión.

Un guajiro montado en su *yegüito*, conduce centenares de reses; que le siguen sugestionadas por su voz, de originalísimo canto, sin que una sola huya y se extravié.

Para llevar los nuestros un pequeño convoy de ganado, forman el cuadro, encerrando las reses en el centro; suena un disparo, y los animales espantados, rompen el cerco, llegando á su destino, casi siempre, la mitad del número que había en el momento de la partida, y después de haber aumentado, con su loca dispersión, el número de bajas entre los soldados.

Todos sufren: para ninguno dejan de ser tremendas las fatigas, y hostil cuanto le rodea; pero en quien parecen redoblar las torturas y acumularse las penalidades, es en el infeliz *acemilero*, cuando las operaciones se desarrollan entre las asperezas de las lomas y la sierra.

Luchando con el propio cansancio y el de la miserable bestia confiada á su dirección y custodia, aliviando con el esfuerzo de sus hombros el peso que la hace rodar, despeñarse ó tropezar á cada momento, descomponiendo su abrumadora carga, cada paso es un problema y un juramento.

La caída de un mulo detiene con frecuencia la marcha de la columna.

Detenerse, en no pocas ocasiones, es servir de blanco, pasivamente, á incesantes disparos, como ocurre con frecuencia en los pasos difíciles y... precisamente en estos caen las *acémilas*, haciendo desaparecer en el agua ó rodar por los *dientes de perro* que pavimentan el piso, las municiones, los víveres y el material sanitario. En estos casos, ya es sabido, la culpa... al *acemilero*; como también suele aplicársele si el mulo muere de sed ó fatiga, ó si un balazo en una pata no le permite andar, bajo la pirámide

de sacos, cajas, paquetes y fusiles, que las necesidades de la expedición obligan á cargar sobre su dolorido y ensangrentado lomo.

No es que con el *acemilero* sean injustos los superiores,... sino consecuencia natural de aquella guerra, del mal humor constante en todos, y de la excitación nerviosa producida por aquel sol que abrasa y pesa como plomo derretido; por la sed, por el hambre, la fiebre y los sufrimientos que no cesan ni dejan punto de reposo á nuestros jefes, oficiales y soldados.

Pueden formar idea nuestros lectores de los *encantos* que tiene el cargo, cuando, en las gargantas del *Cusco*, uno de los *acemileros* exclamaba desesperadamente, teniendo que renunciar á que el mulo se levantara, después de caer, para aliviarse del peso de la carga y de la vida, entregado por las horribles fatigas de la jornada, y desangrado por un furioso machetazo:

Aixina naixcas atra volta y sigas acemiler.

★ ★

Engolfado en el relato, traspasaría, sin querer, los límites del espacio que se me había concedido, incurriendo quizá en la nota de molesto. Cabe decir tanto sobre el particular,... que he de reservarlo para otra ocasión; sintiendo mucho que el *modernismo* en literatura no autorice aún á llamar, en narraciones de esta índole, cada cosa por su nombre.

Tal atraso, me priva de hacer la relación de algunas cosas interesantes, por el vigoroso color del asunto y el poco aprecio que tienen los soldados á *las formas parlamentarias*.

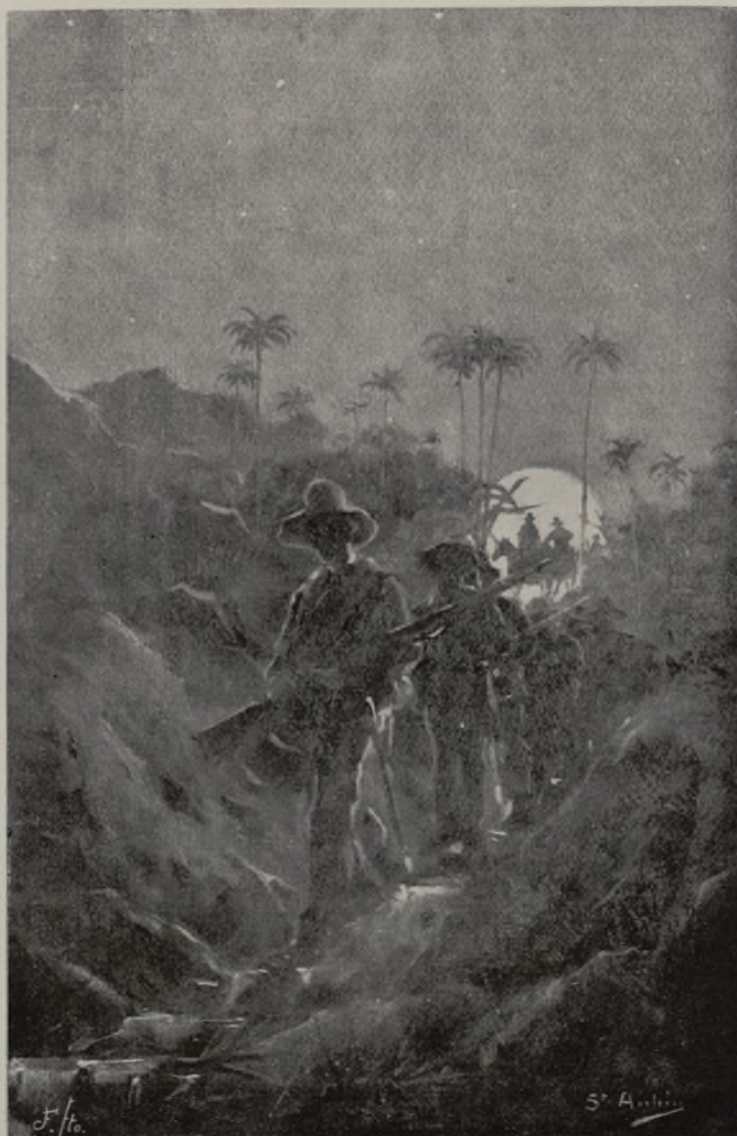
Seguramente, llevaría con frecuencia (al contar algunos episodios) sonidos ásperos y nada dulces, al oído del lector atildado.

¡Si pudiera escribirse *sólo para hombres!*

Pero en fin... si, en otros artículos, mis recuerdos van por ese camino, veremos si puedo deslizarse alguno, y contar lo que buenamente permitan flamantes prohibiciones é inmaculados oídos.

SAINT AUBIN

ILUSTRADO POR SU MISMO AUTOR



A BARCELONA

SONETO

Tenaz, robusta, heroica, independiente,
en la terrible Edad de las peleas,
¡oh insigne Barcelona!, te paseas,
llena de gloria, desde Ocaso á Oriente.
Formas tu escudo con la sangre hirviente
de los Monarcas que en tu bien empleas,
y sabias leyes y franquicias creas,
cuando la augusta Paz besa tu frente.
Muerta la Edad de Hierro, no hay hazaña
que engrandezca á la tierra estremecida,
si en roja sangre sus laureles baña.
Por eso tú, con mano encallecida,
muestras, que en el trabajo, puede España
borrar sus culpas y ensanchar su vida.

JOSÉ M.^a DE ORTEGA MOREJÓN

Cádiz, 23 de Julio de 1898.



NOTICIAS FRESCAS

Propiedad de don Juan Bonfill.

La procesión del lugar

Pasando yo cierto día
por la aldea del *Horcajo*,
una procesión devota
vino á interrumpirme el paso,
y á contemplarla detúveme
como bueno y fiel cristiano,
el orden y compostura
conque marchaba admirando.

Sobre unas antiguas andas,
cuatro vecinos honrados
llevaban un crucifijo
de muy regular tamaño.

A los discordantes ecos
de un tamboril destemplado
y de una chillona gaita,
iban delante bailando
unos seres, muy difícil
para mí clasificarlos,
aunque, al parecer, tenían
algo de seres humanos.

Por las borrascosas barbas,
dírase que eran machos,
y hembras, por el aparejo
ridículo, estrafalario;
porque llevaban jubones
de estameña, colorados
pañuelos en las cabezas,
y enaguas de percal blanco.

La procesión presidía
el buen alcalde pedáneo;
y aunque era un día de Agosto
con calor de á treinta grados,
la autoridad iba envuelta
en capa de burdo paño,
capaz de hacer que sudasen
los hielos del Polo Artico;
porque esa prenda, en los pueblos
y en todo solemne acto,
es el traje de etiqueta,
como el frac en los palacios.

La comitiva avanzaba
sin estorbo y sin obstáculo,
cuando quiso de repente
la pata meter el diablo.

Por una estrecha calleja
venía de arar del campo
un mocetón, con su yunta,
en una mula montado.

Este tal, era el gallito
del lugar, mozo mimado
por sus relevantes prendas
y por sus talentos varios;
pues lo mismo manejaba
el azadón que el arado,
y en la iglesia los domingos
actuaba de monago,
y ayudaba al sacristán
dándole fuelle al *orgáño*,
y entonaba las antifonas,
los kiries, el credo y salmos,
y tocaba la vihuela
en las bodas y saraos,
y cantaba seguidillas
y jotás, como un canario,
y tenía de poeta
sus barruntos y resabios,
y de su testuz sacaba
cantares como *cantáros*.

Al verle el alcalde, dijo:
— Ahí viene Cristo, Santiago;
revuelve bien tu chirúmen,
y á ver si le dices algo.

Descubrióse la cabeza
con devoción el muchacho,
y dirigiéndose al Cristo
soltó el siguiente disparo:
— Soberano Gran Señor,
en los cielos el más alto,
que nacistes junto á un *buey*
y te llevan entre cuatro...

No dijo más el poeta,
pues seguir no le dejaron
los que en sus hombros llevaban
al Señor Crucificado;
quienes, dejando en el suelo
el divino simulacro,
sobre el pobre repentista
como tigres se lanzaron,
y con las fuertes horquillas
que tenían en las manos
para sostener las andas,
le arrimaron tantos palos,
que si no aguija las mulas
y sale de allí trotando,
de seguro no le queda
en el cuerpo un hueso sano.

Este suceso demuestra
los riesgos y los estragos
á que puede dar lugar
mal entendido un vocablo.

LUIS VEGA - REY

A. MAS Y FONTDEVILA



¡SALVESE EL QUE PUEDA!

Ayuntamiento de Madrid

LA RISA

Si las emociones del alma, á las cuales sirve el rostro como de espejo, han de ser clasificadas conforme á su jerarquía, no me explico por qué algunos conceden al llanto el primer puesto, y el segundo ó el último á la risa.

Todos los paquidermos, y muchos de los otros mamíferos, lloran. Observad al asno: casi siempre lleva lágrimas en los ojos. Hasta el cerdo, hasta el mismísimo sectario asqueroso é inconsciente de la doctrina epicuréa, se digna derramar *liquidas perlas*, cuando se le acerca el momento *propicio* de pasar á *mejor vida*. Supongo que lo de «lágrimas de cocodrilo» no será una figura retórica únicamente.

Para muestra bastan esos tres botones; quedando así demostrado que el llanto es una vulgaridad.

No sucede así con la risa;... ni recuerdo en este instante más que tres animales, en los que, rebuscando mucho el símil, puede vislumbrarse algo parecido á risa: el mono, el perro y el loro. Las muecas del mono no corresponden á ningún eco interno: es una mímica rudimentaria que nada refleja, sentimentalmente hablando. Si alambicando mucho, se califica de risa al movimiento de cola y lengua del perro, convengamos en que la tal es una parodia demasiado canallesca. El loro ríe, como habla el fonógrafo, sin conciencia de lo que hace.

El único animal que *pone alma* en la risa, es el hombre. De modo, que la risa viene á ser una gran línea divisoria entre el hombre y el resto de los animales. Y si se observa que el hombre salvaje no ríe, y que casi todos los idiotas son serios, habremos de convenir en que la risa, en cierto sentido, indica una supremacía étnica. «La risa es el privilegio de las razas superiores», dijo un escritor hidalgo, de cuyo nombre no puedo acordarme.

Los franceses ríen á carcajadas ó picarescamente. La carcajada estrepitosa de Margarita de Valois se hizo célebre en su tiempo. El buen humor galo se exhibe con toda su sal y pimienta en las sátiras y cuentos verdes de Rabelais. La risa volteriana se ha hecho clásica. En lo moderno, Grosclaude caracteriza bien el tipo del parisién festivo y refinado, con su guasa exenta de bufonadas y sus *calembours* de ingenioso corte.

Los italianos ríen burlescamente; llevan en las venas la sangre liviana de Boccaccio.

Los alemanes sonríen. En ellos la hilaridad no salva los lindes de la penumbra-sonrisa, como si sus almas fluctuaran entre el excepticismo irónico de Heine y la desenfadada serenidad pasional del alma de Goethe.

Los españoles ríen con risa franca y jovial. Franqueza cándida, á veces, como en los baturros; jovialidad saturada de malicia, como en los andaluces. Sin remontarnos mucho en el tiempo, ponen en evidencia lo risueño y festivo del carácter español: antaño, la risa sarcástica de Cervantes; y ogaño, la risa aristocrática de don Juan Valera. Entre ambos se extiende una brillante cadena de regocijados ingenios, que exhiben primores de aticismo y de donaire, como si una singular emulación los indujese de continuo á dar realce al humorismo de buen gusto y de buen tono.

Los ingleses ríen... por dentro. El *spleen* anglosajón, que podría tomarse como el polo negativo de la risa, es algo parecido al calor latente de ciertos cuerpos, en determinadas condiciones: en los atacados de *spleen*, la risa duerme. Y tanto es así, que basta que en el cielo del arte cómico aparezca la aurora de un Garrick para que la musa taciturna del *spleen* se alce, convertida en retozona musa de la risa.

«La gracia es el alma desparramada al exterior», dijo Pelletán. La risa es la alegría del alma estereotipada en la fisonomía. Y no hay rostro gracioso, sin el concurso del fugitivo albor de la sonrisa. La sonrisa de una mujer bella es lo más exquisito que darse puede en la estética del movimiento. Cuando un rostro lindo sonríe, al conjuro del amor, parece que se entreabren las flores del jardín del alma. De una virgen que sonríe dulcemente, graciosamente, se dice, y bien dicho está, que tiene sonrisa angelical. Para las intuiciones de la fe, los ángeles no sólo deben sonreír de fascinadora manera, sino que deben vivir sonriendo. Con un ideal de eterna dicha se aviene mal la seriedad y la tristeza. Eso de las «lágrimas de un ángel» es figura criticada por los puristas de la lengua divina: no hay memoria de que la haya usado en sus escritos ningún académico celestial.

Una sonrisa oportuna puede ganar un corazón; porque la mímica, empleada con finura, ejerce más influencia de lo que parece en las humanas acciones. Una sonrisa de Cleopatra hizo caer de hinojos á un César. Una sonrisa de Emma Lionna (lady Hamilton) exclavizó la enérgica voluntad de Nelson. Las hetairas atenienses, hacían cantar la palinodia á los más adustos filósofos, porque eran un primor en el sonreír. Friné, carecía de la mágica sonrisa que iluminaba el rostro de la diosa coqueta del Olimpo; Praxiteles, dotó con aquella el rostro de la estatua de la Venus de Gnido, para cuya obra, Friné había servido de modelo. La hetaira se llenó de celos y abandonó para siempre á su amante artista. Sacrilegio ante el amor, ofrenda ante la gloria: una sonrisa cambió por completo el destino de Praxiteles.

Un escritor definió así la diplomacia: «un conjunto de graves bagatelas». El amor es también una especie de diplomacia de los sexos, y podría definirse: «una bagatela de consecuencias serias». Los hombres, en la juventud, toman el amor por un juego, y las mujeres, por una coquetería; y, sin embargo, la reproducción de la especie, que es el instinto que guía al amor, á pesar de todas sus travesuras, es una de las cosas más serias y graves del mundo. Casi todas las jovencitas ríen por cualquier cosa. Ven la existencia al través del prisma de la esperanza. Son las futuras protagonistas del drama de la renovación incesante de las generaciones; y ríen,

sin comprender que la época de la vida que se toma más en broma es la que toma más en cuenta *el genio de la especie*.

Casi todos los déspotas y asesinos, y todos los caníbales de los países bárbaros y misántropos de los países cultos, son taciturnos ó de escaso buen humor. Esa seriedad, en tal caso, es como un reto á la humanidad; como un mentís dado al sentimiento de solidaridad humana que la risa ó la sonrisa expresan en muchas ocasiones.

La carcajada atribuida á Luzbel, después de la caída de Eva, la risa del Mefistófeles de Goethe, la de Otelo y la de Hamlet de Shakespeare, la risa de los réprobos, la de los duros de corazón ante el infortunio, son fraudes hechos á la estética del movimiento, sacrilegios cometidos en el templo de los regocijos santos, por los excomulgados del amor, de la compasión y de la alegría de la vida. Esos son más bien relámpagos de la tormenta pasional: el sol del regocijo no irradia en los abismos de las almas negras, ni vierte lampos sobre corazones en ruina.

La sonrisa mentirosa ó hipócrita de los cortesanos y de los pícaros, nada prueba en contra de la dignidad de la sonrisa. Prueba, al contrario, que es tanta la falta que nos hace, que cuando la buena fe no la hace brotar espontáneamente, nos damos el goce necio de contentarnos con su disfraz.

La discreción, que es virtud social tan encomiada, no consiste, si bien se mira, en otra cosa que en saber reírse ó ponerse serio á tiempo. El buen tono requiere la oportunidad en la exteriorización de las emociones; porque «de lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso»... y éste lo dan muy fácilmente los imbéciles y los mentecatos.

Cuando se dice: «Juan tiene cara de pascuas», dase á entender que está contento, que es expansivo, ó, si se quiere, altruista; puesto que el buen humor prescinde fácilmente del *yo* y busca siempre la sociedad para poder vibrar en toda su plenitud. Cuando se dice: «Pedro tiene cara de pocos amigos», se da á entender que está descontento, que es irascible, ó, si se quiere, egoísta; puesto que el mal humor es refractario al trato social, y busca, en la soledad de sí mismo, un alivio para sus excesos. Ninguna persona de esas que se dice: «tiene ángel», se os presentará con cara de pocos amigos; será, á buen seguro, naturalmente expansiva, de trato simpático, de carácter risueño.

Si se acepta que los condenados, en el infierno, viven sumergidos en la tiniebla de un llanto eterno, y que los elegidos, en el cielo, viven sonriendo ante la luz de una eterna dicha, ¿no acusa un exceso de necedad el imitar á los primeros, y no á los últimos? Dejo al buen gusto de ustedes el hacer la elección.

Y si la hacen como yo presumo, afirmen conmigo, siquiera en gracia de mis buenos propósitos, que, en el lenguaje del rostro humano, la risa es lo aristocrático y el llanto lo plebeyo.

Con aceptar eso, no se pierde mucho. Con hacerlo efectivo en la práctica puede ganarse bastante.

Juzgo que en la vida se saca más partido con el optimismo que con el pesimismo. Entre Schopenhauer y Lubbock, es preferible el último.

¡Quiera Dios que siempre sea una mentira *Los dolores del mundo*, y una verdad consoladora *La dicha de vivir*...!

ANTONIO S. BRICEÑO

LAS TURCAS

IMPRESIONES DE VIAJE

AUNQUE el objeto del viaje que en abril último he hecho á Oriente, era puramente científico, se comprenderá sin esfuerzo, que llevara yo un regular bagaje de curiosidades, y que entre ellas no fuera la menor aquella que nos despierta, siempre que se trata del país musulmán, la guardada y recatada mujer, y cuanto con ella y su vida *sui generis* se relaciona. En esta curiosidad, seguramente, pone más parte que nuestros pecados, esa misma reclusión en que el natural celoso de los amos de casa (no diré maridos) en Turquía, mantiene á las mujeres. Y excuso añadir que en mí, puesto que vivo y lo cuento, esa curiosidad era perfectamente honesta, y... para decirlo de una vez, completamente artística. No en balde, al pasar por el mar Tirreno, evocamos preventivamente el ejemplo del bueno de Ulises, que se ató al palo mayor de su nave y tapó con cera los oídos de sus marineros, para salir triunfante y sacarlos incólumes de las seducciones de las sirenas.—Además, en un viaje dedicado á la contemplación de los monumentos antiguos, lo moderno exótico nos parece arqueológico; y algo tiene de ello, puesto que nos ofrece á lo vivo un recuerdo de lo pasado.

La primera impresión que en Turquía recibí respecto de la mujer, fué negativa. En un país donde la ley consiente la poligamia, es mucho más

que una protesta la prohibición absoluta de que ninguna hembra, racional ó irracional, pise el monte Athos, entre cuyas fragosidades imperan los frailes de la Iglesia griega, bajo el protectorado de Rusia. Condenados por ellos á castidad perpetua, viven en Dafne, el gobernador, subalternos y servidores suyos, que son los únicos turcos residentes en tan extraña comarca, donde sin comerlo ni beberlo sufren los rigores de la regla monástica.

Fuimos á Brusa, antigua capital de Turquía, situada en Asia Menor, no lejos de la costa del mar de Mármara; y allí, no bien entramos en la ciudad, por una empinada calle, vimos de pronto lo que no esperábamos y por el momento bastaba para satisfacer nuestra curiosidad: vimos una niña que, atraída por el ruido del rodar de los coches en que íbamos los expedicionarios, se asomó á la puerta de su casa: una niña, es decir, un capullo de mujer, pues aun le faltaba media docena de años para la edad del pudor; una niña con el traje interior de la mujer, el que ésta usa por dentro de casa, ó sea, en el harén. Llevaba pañuelo de seda de color, atado á la cabeza, jubón azul, pantalones ó, para ser más propio, bragas color de rosa, medias blancas y zapatos rojos. Nos miró con sonrisa placentera, gozosa de lo que veía, como quien vive sin alicientes para la imaginación; en su mirada no se advertía ni rastro de esa viveza que el asombro saca á la cara de las españolas, y en general de las europeas.



Poco después, empezamos á ver mujeres por las calles. Llevaban vestidos casi siempre claros, harto holgados para acusar ni someramente las formas que encubrían, y lo bastante cortos para descubrir las piernas, desde las canillas; con lo que demostraban que en Oriente el pudor no va por los bajos. Llevaban medias blancas y unos zapatones muy escotados, muy redondos y anchos, que desfiguran y afean por la base la figura femenil; llevaban, en fin, un manto, á modo de enagua ó falda vuelta para arriba, como el manteo de las españolas de tierra de Avila, con lo que se rebozan el cuerpo de modo tal, que es imposible apreciar el talle de las musulmanas, como á toda hora apreciamos el de las europeas; y... para colmo de inusitado recato, una toca blanca les cubría la cabeza y á veces el rostro, sin dejarles visible más que los ojos.

Al ver aquellas calles silenciosas, en que las ventanas de las casas estaban cerradas por celosías, como si fueran conventos, y las transeúntes vestidas con tales tocas y mantos, hubo momentos en que creí descubrir algún rincón de la España de la Edad Media, y no de la España mahometana; pues las mujeres ofrecían una figura que me recordaba las de nuestras monjas y lugareñas: en una palabra, creía reconocer en los vestidos de las turcas, rasgos originarios de las tapadas españolas de siglos atrás.

Yo encontraba muy bien todas esas arqueologías; pero deseaba mu-

cho ver la cara á aquellas mujeres. ¡Qué decepción! Las más de las transeúntes eran viejas; acaso, tristemente convencidas de lo marchito de sus encantos, no tenían inconveniente en salir á la calle enseñando el rostro. Otras eran jamonas, prematuramente ajadas y sin rastro ya de belleza sus facciones; algunas en un estado de obesidad que más parece abotorgamiento, delator de la vida sedentaria y enervante de estas flores de estufa, de cuya lozanía y fragancia efímeras, sólo disfruta su señor.

Algo nos desilusionó y confundió, el saber que la mayor parte de las mujeres que iban con el rostro descubierto y nos miraban sin recato y con absoluta indiferencia, no eran musulmanas, sino armenias. Instruidos con tal advertencia y en fuerza de buscar nuestra aguijoneada curiosidad, conseguimos ver los bultos recatadísimos de algunas turcas legítimas; pero, ¡oh dolor! con el rostro cubierto por tupido velo negro. Vimos muy pocas, porque sin duda no salen mucho de casa, y las vimos muy mal: alguna iba sola, en coche de alquiler, que pasaba rápidamente; algunas, á lo lejos, en grupos, se dirigían á la casa del baño; lugar de esparcimiento para ellas, donde se ven las amigas y parlotean á su gusto.

Sin más impresiones que éstas, escasas para nuestra curiosidad, salimos de Brusa y nos dirigimos á Constantinopla.

Allí, entre el enjambre abigarrado que pulula por las calles de aquel París de Oriente, donde lo europeo y lo asiático mantienen el más pintoresco antagonismo del mundo, vimos destacarse de la masa gris y monótona de los trajes occidentales, de los feces rojos y los vistosos uniformes, las mujeres del país, vestidas como las de Brusa. La mayoría, el montón, gente pobre, mal trajeada y peor perjeñada, componíase, como en todas partes, de viejas y jóvenes que, por su falta de belleza, no parecen haberlo sido nunca. Recibida aquella primera impresión... y consiguiente desengaño, mirábamos todas estas mujeres como unos de tantos accidentes del conjunto de la extraña población, sin especial interés. Pero así que se fueron habituando los ojos á distinguir en la copiosa masa de transeúntes, fuimos diferenciando las turcas ricas de las pobres. ¡Pícara humanidad, que, lo mismo entre turcos que entre cristianos, no sabe realzar la belleza más que con el dinero!

Nos habían recomendado mucho que mostráramos la mayor indiferencia, al ver las mujeres; que no las mirásemos con insistencia ni dejáramos vislumbrar respecto de ellas el menor asomo de impertinente curiosidad. En Turquía, se ejerce la vigilancia de la mujer de un modo singular: el marido no sale con ella á la calle; por excepción vimos algún matrimonio humilde, caminando la mujer delante y el marido detrás, con el niño en brazos; generalmente la mujer va sola, y si es rica, joven y bella, es decir, digna de ser guardada y recatada,... con una esclava, dueña, ó lo que sea la acompañante. En Occidente, la mujer guapa que sale engalanada á la calle, atrae las miradas de la mayoría de los hombres que halla por el camino; en España, no vuelve á su casa sin llevar en seguimiento algún tenorio, y sin haber oído graciosos y hasta fogosos chicleos. Pero en Turquía, el galán que tal hiciera, tendría que habérselas con las autoridades, á quienes delataría el caso la misma *agraciada* ó cualquiera transeúnte compatriota, aunque no la conozca. La mujer entra allí en la categoría de *lo ajeno*, que no debe tomarse sin la voluntad de su dueño. Por acá, si veis robar un reloj, aunque no seáis los robados, os creéis con derecho á detener al ladrón: pues ese mismo derecho cree tener el turco sobre la mujer de su prójimo. Respetada de todo el mundo, como los perros, que son en Constantinopla una institución, la mujer turca circula libremente y se codea con todo el mundo, sin el menor recelo de que le dirijan la palabra siquiera. Y es de ver, en los flamantes tranvías que cruzan las calles de la robusta Stambul, la separación establecida para las mujeres, en la parte anterior del coche, por medio de un tabiquillo de lona y madera, con su puerta, cuya cortina sólo levanta el cobrador, para ejercer en silencio su grave oficio, cuando llega el caso. Aquel cuartito del tranvía, separado del departamento de los hombres por la cortinita, y que sólo se comunica con el exterior por la plataforma delantera, es... á modo de reducido harén, donde las mujeres van solas.

En las mezquitas, apartadas á un rincón, se las ve haciendo sus oraciones.

Observábamos todo esto, descubríamos de cuando en cuando alguna mujer vestida de vistosa seda, alguna con zapatitos europeos y elegantes, que daban á sus irrecatadas piernas un aspecto completamente occidental; pero lo que no descubríamos por ninguna parte, era ese tipo escogido de la mujer turca, como la mujer de toda capital, la mujer fina, distinguida, adornada, que vale por todas, porque es como piedra preciosa tallada y bien montada.

Esta mujer no la vimos ni el primero ni el segundo día en Constantinopla. Y, ¿qué digo la vimos? No se ven, se presienten entre las sedas labradas que envuelven su elegantísimo cuerpo, no desfigurado por el nefando corsé ni por ridículos ceñidores; se adivinan á través del velo que les cubre el rostro,... velo negro, lo bastante espeso, para hacer la desesperación de un español. Es necesario cazar al vuelo uno de esos momentos en que la situación de la tapada, respecto de la luz, os permite apreciar con entera precisión el perfil menudo, gracioso, oriental, para sorprender, en complicidad con un rayo de sol, aquellas facciones tan guardadas.

Sólo así pude apreciar como es la belleza oriental. Eran las tales tapadas, por lo general, muy jóvenes, pequeñas, menudas, de elegante porte; el rostro suave, delicado, ó lo parecía por ir tan guardado como joya; de color un tanto quebrado, que me recordaba el de algunas valencianas. El rayo más vivo de su belleza parecía estar en sus ojos, ojos negros, graves; ojos granadinos, por decirlo de una vez.

Tal es la belleza del harén.

De éste hablaré otro día.

JOSÉ RAMON MÉLIDA

A. CLAPES



¡EXTASIS!

Propiedad de don Eusebio Güell y Bacigalupi.

Ayuntamiento de Madrid

EUSEBIO GÜELL Y BACIGALUPI



ON íntimo placer, cumplo el difícil cometido de consagrar uno de mis humildes artículos al ilustre barcelonés cuyo nombre lo encabeza, para que sirva de marco á su retrato que hoy honra las columnas del ALBUM SALÓN; y repito que con placer íntimo, porque rara vez tendré oportunidad de rendir un homenaje más justo, ni que refleje mejor mis sentimientos. Perdoneme mi distinguido y respetable amigo si, al nombrarle, prescindo de tratamientos monótonos y antiestéticos; lo hago así, por respeto á la notoria modestia de

quien, siendo acreedor á tantos títulos, se ha contentado siempre con los de consideración y aprecio que sinceramente le otorgan sus conciudadanos.

Hay apellidos que llevan en sí la mayor de las distinciones, y el apellido Güell es uno de ellos. Dígalo sino el monumento que la pública y espontánea iniciativa levantó en la plazoleta que forman la calle de Cortes y la Rambla de Cataluña. Esas cuatro letras, esculpidas sobre blanca losa, recuerdan á los propios y revelan á los extraños, la existencia, en mal hora truncada, de un honrado hijo del trabajo que, á mediados del presente siglo, con actividad pasmosa y superior inteligencia, sacó á la industria nacional de la postración en que la tenían sumida el descuido de los gobernantes y las continuas discordias civiles; y creó la primera fábrica de paños y veludillos; industria cuya implantación presentaba serias dificultades, por su complejidad, y por ser completamente desconocida en España.

Allí vive, en mármol, aquel héroe de la fabricación; como vive, pintado, en la Galería de celebridades catalanas de nuestro Municipio.

Sucesor digno de tan preclaro varón es Eusebio Güell; y nunca, con más fundamento ha podido decirse: «de tal palo tal astilla», pues el hijo heredó todas las nobles cualidades del padre, realzadas por una culta educación y una instrucción vastísima. Basta conversar con él un cuarto de hora, para convencerse de que la naturaleza le dotó á su vez de un talento privilegiado; de una imaginación en que caben por igual las arideces de la ciencia y los sublimes destellos del arte. Créolo firmemente, y así lo afirmo: como él se lo hubiese propuesto, lo mismo fuera en la actualidad un ingeniero distinguido, que un médico notable, ó un pintor afamado, ó un músico excelente.

Pero... trazado estaba el derrotero que había de seguir, tanto por satisfacer las naturales aspiraciones del autor de sus días, cuanto por acrecentar su ya pingüe patrimonio, en provecho de sus descendientes, si el cielo se los otorgaba. La fábrica de paños y veludillos fundada por aquél, reclamaba sus constantes cuidados, y á ella consagró todas sus energías, con resultado siempre creciente y prósperos beneficios, que hicieron de Güell y Bacigalupí uno de los capitalistas más caracterizados de Barcelona.

El limitado espacio de que dispongo, no me permite ocuparme de ese establecimiento fabril, cuya importancia es conocida en todo el mundo comercial; me limitaré á consignar que en su recinto ganan por térmi-

no medio el cotidiano pan setecientos obreros, de los cuales su bondadoso patrono labró el bienestar, fundando una colonia donde aquellos viven con relativa comodidad, atentos á su trabajo, bien retribuido, y separados por completo de los focos de perversión que tantos daños causan á las clases jornaleras. Dicha colonia viene á ser una pequeña aldea de ciento cincuenta casitas, claras, ventiladas, limpias y pintorescas, en las que no entran la miseria ni el vicio, se gasta menos y se aprovecha más. Nada falta allí para el sustento y la indumentaria de sus habitantes,

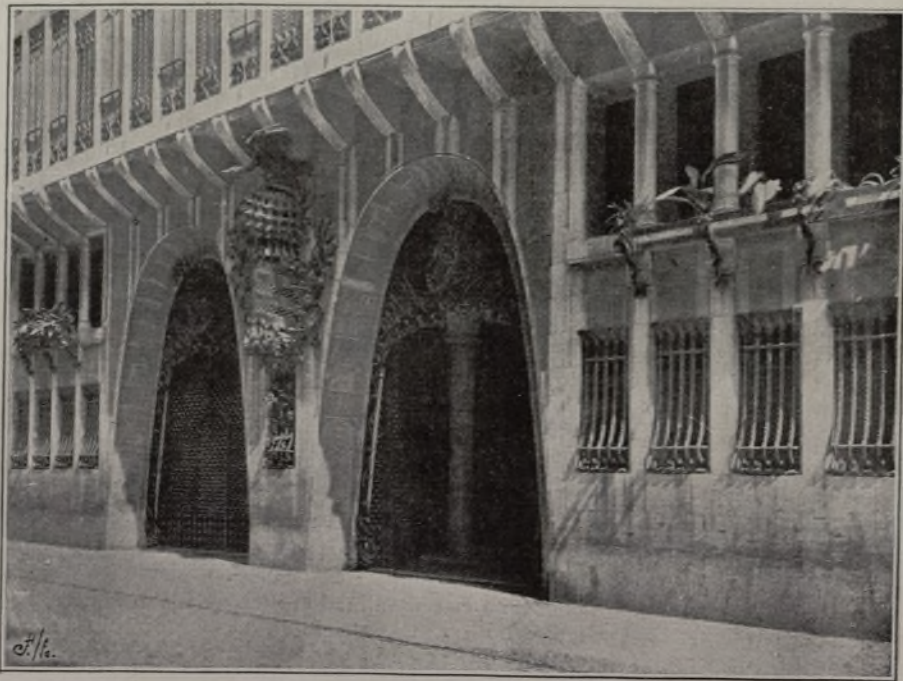


ni para su esparcimiento y solaz: iglesia, escuelas, tiendas de comestibles, comercios, fonda para los solteros, teatro, salón de conciertos, peluquería; en una palabra, tienen reunido cuanto necesitan para vivir tranquilos y felices, con todas las ventajas morales y económicas. Orgulloso puede estar Eusebio Güell de su obra, que le vale repetidas alabanzas y no escasas bendiciones.

¡Orgulloso! de fijo no sabe lo que significa esta palabra, y... si lo sabe, la condena abiertamente. Remítome á las pruebas. En el caso de que concediera importancia á las riquezas con que la fortuna le favoreció, hubiera sido lógico que, como han hecho otros con menor motivo, trasladara su residencia á la Corte, en donde representaría un papel brillantísimo, disfrutando, al melodioso arrullo de la lisonja, de todos los placeres con que la aristocrática sociedad madrileña entretiene sus ocios y convierte este valle de lágrimas en un anticipado paraíso. ¿Tanto hubiera tardado un hombre de sus méritos, en conquistar un alto puesto político ó un pergamino nobiliario, si se dejara llevar en sus aspiraciones por la corriente de la vanidad humana?

Pues, todo lo contrario; muy lejos de apetecer las distinciones á que es acreedor, rehusólas con decidido empeño, siempre que se le ofrecieron. Intachable en su vida privada, no ha querido figurar en la vida pública; comprendiendo, con excelente criterio, que, para navegar en ese revuelto oleaje, requiérese cierta elasticidad de conciencia á que no se presta la suya, recta y pundonorosa.

Aquí mismo, donde nació y reside; aquí, donde medran todas las osadías y se encumbran fácilmente las nulidades; una persona de su posición y valer debía, por derecho propio, ocupar los puestos más prominentes;... y los ocuparía, á no dudar, si entre los dispensadores de cargos y gracias no fuera proverbial su retraimiento. Sólo en dos distintas ocasiones logró vencer su resistencia: y aceptó una concejalía en el Ayuntamiento y un acta de diputado provincial. Tratabase de servir á la ciudad y á la provincia; Güell, que adora en ellas, y anhela verlas prósperas y felices, quebrantó accidentalmente sus propósitos é hizo el sacrificio de su tranquilidad, por cumplir el sagrado deber de ciudadanía. El sabrá si durante esos períodos de exhibición forzosa, se arrepintió alguna vez de haber cedido ó tuvo motivo de afirmarse en sus convic-



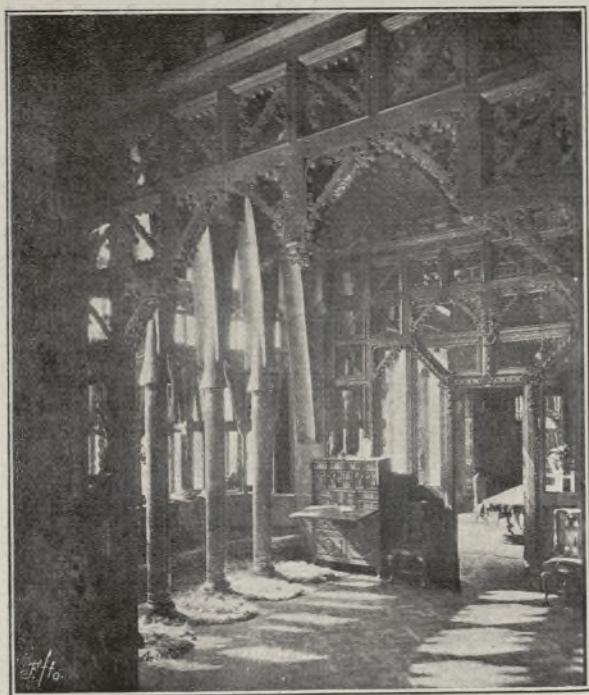
CASA GÜELL. — PUERTA PRINCIPAL

ciones: yo sé únicamente... que no ha vuelto a reincidir. Pudo sentarse también en los bancos del Congreso;... pero hasta ahí no llegaba su abnegación.

Tenémole, pues, modestamente retirado á la sombra, sin apetecer otros goces que los del hogar, consagrado en cuerpo y alma al amor de la familia, á la educación de sus hijos, á la administración de sus bienes... y al estudio, que ha sido el afán constante de su vida. De esto, doy fe; no á fuer de notario, sino de testigo presencial. Cúpome la satisfacción de ser su compañero en las aulas universitarias, donde Güell era citado por los catedráticos como modelo de buen juicio y de aplicación; meritoria cualidad de que hace algunos años dió gallarda muestra, escribiendo un libro interesantísimo: *L'immunité par les leucomaines*, que se editó en París y obtuvo un gran éxito, ocupándose de él con elogio toda la prensa de Europa y América.

Véanse algunos de los párrafos que en un extenso artículo le dedicó el autorizado doctor Robert: «Es fenomenal en nuestro país, que haya una persona de las condiciones sociales del señor Güell, que dedique largas vigilias al estudio de asuntos enteramente desligados de sus tareas habituales. Para hacer lo que él ha hecho, escribiendo la monografía que constituye el epígrafe de estas líneas, no sólo es menester una extraordinaria afición científica, sino una laboriosidad de que aquí no sabemos hacer gala. Pero, hay más: sin una inteligencia vasta y muy flexible, para poderla adaptar con fruto á la investigación de uno de los problemas biológicos más trascendentales de nuestra época, no podría comprenderse ni siquiera el intento de tratar una cuestión tan abstrusa y erizada de dificultades. Nos era ya conocida la erudita ilustración del autor; pero nos ha de asombrar el hecho de que una persona que, hasta ahora, no había demostrado aficiones biológicas y médicas, haya emprendido una labor importantísima que muchísimos hijos de Escolapio no se atreverían á empezar.»

Refiriéndose al mismo libro, otra eminencia médica se expresó así: «Aparte del acontecimiento científico que la aparición del libro del señor Güell significa en sí mismo, hay otro de tanta importancia, cual es demostrar una vez más que las especialidades pueden salir de fuera de las aulas; y así como Edison sin ser electricista ni siquiera ingeniero ha asombrado al mundo con sus inventos, Pasteur, siendo sólo un químico, ha prestado inmensos servicios á la medicina, y Peral, no siendo más que un oficial de marina, se ha revelado electricista de primer orden; el señor Güell, sin poseer el título de médico ni haber cursado esa carrera en ningún establecimiento oficial, ha prestado con sus profundos estudios particulares y detenidas observaciones, un inmenso ser-



SALA DE CONFIANZA



ESTRADO



SALA DE PASO

vicio á la ciencia y á la humanidad.»

La casa palacio en que habita la familia Güell, y de la cual puede formarse ligera idea, por las vistas fotográficas que se acompañan, fué construída bajo la inspiración de su propietario; y en verdad que el edificio guarda perfecta analogía con éste: revela su carácter. Un exterior severo, frío, y un tanto melancólico, encubre de igual manera el alma viril, grande, generosa del uno y las maravillas artísticas de la otra. La distinción afligianada del dueño refléjase en cada detalle de la suntuosa mansión. No ha faltado quien advirtiera cierta excentricidad en la fachada; pero no habrá quien califique también de excentrico el voluntario retraimiento de Güell?

He de anotar, empero, que, á pesar de vivir en-

tre doradas rejas ó encerrado,—permítame la frase,— en su señorial castillo, el que le necesita le encuentra: las puertas de su casa, como las de su corazón, están siempre abiertas para el industrial ó el artista que solicitan su protección valiosa; figura de los primeros en todo acto filantrópico; presta personal concurso á cuanto contribuye al fomento de la producción nacional, sobre todo á la catalana; y practica, sin aparato ni ostentación, la más hermosa de las virtudes: la caridad.

Fino en el trato, dotado de una sencillez y delicadeza exquisitas, con gran sentido práctico de las conveniencias sociales, sabe colocarse siempre á la altura de las personas que le rodean, descendiendo hasta los humildes y no humillándose ante los magnates.

La Providencia ha recompensado su hombría de bien y su amor al país, concediéndole, en su distinguida compañera, hermana del marqués de Comillas, el mejor de los tesoros; y una prole numerosa, en la cual sus saludables ejemplos vincularán indudablemente las leyes sagradas del deber y del honor.

No he dicho nada nuevo á mis lectores: la personalidad Güell y Baciagalupi es de sobra conocida y estimada en su justo valor; nadie ignora que sus relaciones son infinitas, y que cuenta con amigos... hasta en las gradas del trono: pues la familia real le distingue con su aprecio; especialmente las infantas Doña Isabel y Doña Paz, que varias veces le han conferido su representación en ceremonias oficiales.

No quiero poner fin á este desaliñado artículo sin consignar el hecho que más le enaltece á mis ojos: el patricio ilustre á quien hijas de reyes dispensan su amistad, no tiene en menos la de un mísero escritor.

Eusebio Güell es una excepción de la regla general: no ha olvidado, en medio de su opulencia, que fuimos condiscípulos.

SALVADOR CARRERA

SAGUNTO



ROMANZA DE FEBAS

Opera del MAESTRO SALVADOR GINER

Letra de LUIS CEBRIÁN

VOZ.

PIANO.

tranquilo.

p Cal-may mis-te-rio:

pp

animandose.

mar_cha_ron to_dos ya. Co_mome - dro - so palpi_tael co_ra - zon! Se - pa mia -

cres: *f* *lento.* *pp* *mf* *mas vivo.* *1º tempo.*

- man_te, cuanto lea_do - ro: i cuanto lea do - ro! ¡Perdon! ¡Perdon! De estas

a piacer. *dim:*

lla - mas me cegó el hu_mo los o - jos

pp *p* *rall:* *piú rall:*

And^{te} sostenuto.

pp

Faus - ta gloria apete - ci - da. I - lu - sio - nes de la vi - da, oh, dulce ar - dor!

mf no salgais del pecho mi - o, dad - le al alma aliento y bri - o, dad le a - mor. *dim:*

1 - lusiones de la vi - da, ¡oh dulce ardor! no salgais del pecho *pp*

rall: poco mas movido. mi - o, dad - le al - ma, dad le a - mor. Y si a - ca - ban mis dul - zu - ras, má - te -

cres: *a tempo.* - me ya la afliccion: Pero pres a endulces lazos, morir fiel _____ quiero en los

rall:

brazos de mi Al con — ¡Ah! — I — lu — sio — nes de la vi — da — dulce ar —

— dor. — No salga del pecho mi — o, dad leal al — ma, dad lea — mor. Pe — ro

rall: *pp*

cres: pre — sa entienos la — zos mo — rir, Ah! mo — rir quiero en los bra — zos de mi Al —

gas.....

— con!

Queda terminantemente prohibido venderla por separado.

VERANEO

Os gustan las alegres romerías? Pues á pesar de la desolación de la guerra y la tristeza mortal que debieran originar los acontecimientos, sépase que las tales romerías no se han interrumpido ni un punto, en mi país. El buen tiempo las favorece, y la animación no las abandona. Es difícil explicar tal persistencia del buen humor; baste comprobarla.

Una romería en Galicia se compone de los siguientes elementos: Una iglesia, ermita ó santuario milagroso. Un vasto campo, plantado de añosos árboles, ó al menos una ancha carretera, á cuyas orillas se van acomodando la música, los puestos de rosquillas y *rosolio*, los tenderetes y los coches vacíos. Y una muchedumbre en que se codea llanamente la gente aldeana con el *señorio*, los mendigos zarrapastreros con las damiselas emperifolladas, y donde relincha el rocín montés, á la vista de la fina yegua extranjera que arrastra elegante *charrette*. Gaitas, tamboriles, murgas, plañir del « pobre tullido » y risa bestial del beodo, cohetes, farolillos de colores, olor á incienso y á juncia que sale del templo, vaho á aguardiente que despiden las tabernas, todo se combina y confunde y amalgama en el rebullicio de la romería, formando un conjunto pintoresco, atrayente para la pluma y el pincel.

Nadie, al ver las romerías, creería que los campos están á pique de quedarse yermos por falta de brazos, y que el fisco ha embargado tantas tierras, porque sus míseros dueños no alcanzan á pagar la contribución. — Feliz condición la del espíritu humano, que permite olvidar las calamidades, así que se presenta ocasión de distraerse y echar al aire las canas del pensamiento. — Sin embargo, las tristezas siempre se conocen en algo; — siempre, observando bien, se notan síntomas. Otros años la gente, agrupada sobre el parapeto del puente de Betanzos, aclamaba el paso de la falúa del Pazo de Mariñán, la bonita falúa de Lánacara, en la cual descendíamos hacia los *Caneiros*. Son los *Caneiros* una de las fiestas más poéticas y originales que pueden verse. Miles de personas solazándose entre los viñedos y por los pintorescos rincones de las márgenes del río Mandeo; meriendas al aire libre y sobre la hierba mullida, y el río surcado por cientos de embarcaciones adornadas, empavesadas, iluminadas, que al regreso producían efecto fantástico, deslizándose sobre el agua tranquila. El premio de honor era siempre para la falúa del Pazo, que avanzaba como gigante ramillete, literalmente cubierta de flores, de azules hortensias, de blancas rosas, — flores las velas, flores los remos, flores el timón, flores la proa toda salpicada de espuma... y flores también las mujeres, vestidas de claro, con grandes pamelas de paja, con sombrillas de seda. — Este año la falúa del Pazo no se revestirá de flores... Aunque la paz se firme, ¡será tan cruel, tan amarga la paz!

Estas romerías de Galicia, si parecen á primera vista semejantes, son muy diversas entre sí. Se diferencian no sólo por el aspecto exterior, sino por el carácter tradicional de algunas. Las hay, como la del santuario de la Barca y la de San Andrés de Teixido, que confunden sus orígenes con las densas nieblas de los orígenes mismos de esta región. Las hay, como la del santuario de Pastoriza, que tienen indudable procedencia histórica. Las hay, como la de Santa Rosalía en Sanxenxo y Portonovo, que son, más que romerías, mercados de fruta. Las hay de reciente institución, como la Saleta del Carballino, que hacen mover la cabeza á la gente vieja, aferrada á sus devociones de costumbre. Y las hay, como algunas de las Mariñas, dedicadas y consagradas á santos ya arcaicos, de poco renombre y á quienes sólo en el reducido círculo de dos ó tres parroquias se demuestra devoción: tales son las de Santa Marta y San Mamed, por ejemplo. La antojadiza devoción popular y la superstición toman no poca parte en el incremento ó decadencia de tal ó cual romería. A Teixido va el aldeano, porque desciende de aquellos celtas que creían en la transmigración de las almas, y entiende y afirma en su expresivo lenguaje, que si no ha ido de vivo, tendrá que ir de muerto, metido en el cuerpo de algún sapo, de algún lagarto ó de algún lobo. A la Lanzada va, porque supone que se curarán los males extraños de las mujeres, aguantando á pie firme y vueltas de espalda el choque y embate de las olas en las más bravas mareas. En Nuestra Señora del Corpiño creen los aldeanos, sencillos y maliciosos á la vez, que se sacan los demonios con exorcismos y agua bendita; y vieirais á los poseídos retorcerse y blasfemar y gemir, y querer enloquecer cuando se alza la hostia... En cambio, en Pastoriza, donde la Estrella de los mares se yergue sobre el pedestal de abruptas rocas, presenciáis un espectáculo conmovedor: un hombre, curtido por la intemperie, descalzo los oscuros pies, descubierta la cabeza de aborascado cabello, asciende por la cuesta, cargado con un palo enorme, remo de su lancha ó mástil de su queche; al llegar ante el santuario, se arrodilla, se postra, besa el polvo, prorrumpe en sollozos... Es la gratitud, es la fe más pura la que se desborda de su pecho; recuerda el instante en que el abismo se entreabría, y la ola verde, inmensa, caía sobre la débil embarcación, y en que, dándose ya por muerto, había dicho entre sí: « Madre mía de Pastoriza, si salvamos, he de ir descalzo á tu santuario con el remo á cuestas! »

Este año ¡cuántos ofrecimientos de madres y de novias, cuántos votos habrá escuchado la hermosa Virgen! (Y no la llamo hermosa por llamárselo, sino porque lo es.) ¡Los mares y los lejanos continentes guardaban tanto español! Van á devolvérnoslos; y como está escrito que sólo vivamos, en este fúnebre año, de terrores y de calamidades... al acercarse á las costas el pobre ejército vencido sin lucha y repatriado sin desquite, los moradores de la costa empiezan á temer que esas naves que se acercan sean como aquella nave fatídica de *La peste de Otranto*, negra y horrible, que traía al puerto el contagio y la muerte. El calor excepcional de este verano, la prolongada sequía, todo contribuye á aumentar el recelo que inspiran esas naves dirigidas á nuestros lazaretos desde los malsanos cli-

mas de las Antillas y de Asia. Y sin embargo, el veraneo prosigue alegre, las romerías no decaen, las playas se ven atestadas de gente, en los balnearios se juega al *tennis* y se baila á toda hora, y... no puedo menos de recordar á Francia, á la cual, un año después del desastre, encontré todavía de riguroso luto.

EMILIA PARDO BAZÁN

MADRID ELEGANTE

No hay más remedio: si mis lectores quieren que les hable de la sociedad aristocrática, de la que figura en primera línea, de la que da la nota de la distinción y de la elegancia, fuerza será que me acompañen mentalmente á dos ó tres de los puntos más favorecidos por el mundo elegante, durante la estación veraniega.

No se asusten los lectores; yo les prometo que el viaje no será largo; acortaremos las distancias, salvaremos en breves minutos la que media entre Madrid y la Granja, sin detenernos apenas en el Real Sitio de San Lorenzo, donde se agrupan, en torno al histórico Monasterio, multitud de familias de la clase media; un día en los espléndidos jardines del Versalles de nuestros Reyes nos bastará para ponernos al corriente de la gente que allí veranea, y de la clase de vida que allí se hace; y después de visitar brevemente en Segovia á las linajudas familias que aun habitan sus históricos caserones blasonados, tomaremos el *expreso* que nos conducirá á la capital de Guipúzcoa, este año llena de una concurrencia más *cremosa* y menos *botijera* que otros, según la frase de una ingeniosa dama que me dirige periódicas correspondencias; y sin alargarnos hasta Biarritz, donde este verano, á consecuencia de los cambios, apenas se encuentran españoles, nos meteremos en ese ferrocarril de juguete que conduce á Zarauz, centro y emporio, como siempre, de la sociedad aristocrática.

Descubramonos con admiración y respeto ante la grande obra de los siglos, ante el imponente Acueducto de Segovia, subamos la empinada cuesta que conduce al centro de la capital, hagamos una breve visita á su linda Catedral gótica y al majestuoso y restaurado Alcázar; y ya que de históricos monumentos se trata, tengamos un rato de amena charla con el venerable Presidente de la Academia, el ilustre general conde de Cheste, que veranea, como cada año, en su magnífico palacio, frontero al de otro prócer linajudo: al del marqués de Quintanar.

Con saludar después á la noble y simpática familia de la condesa de los Villares, habremos cumplido nuestros sociales de-



NOTAS ARTÍSTICAS
DIBUJO DE RICARDO URGELL

beres, y montando en ligera bicicleta (todos los medios de locomoción son utilizables en estos viajes mentales que puso de moda, ha largo tiempo, el ingenioso Cavier de Maistre), media hora de mover suavemente los pedales nos bastará para llegar á la Puerta de hierro que da acceso á la Plaza del Palacio del Real Sitio de San Ildefonso.

Ni descansar ni refrescar nos hará falta: pues, momentos antes de llegar á la histórica puerta, habremos sido detenidos con amables frases de bienvenida, á la entrada de un lindo hôtel de juguete, cuya arquitectura desaparece por completo bajo un espeso tapiz de verdura; un matrimonio no ya joven, pero ágil, amable y obsequioso, nos abre la verja del jardín, nos hace sentar *junto á una mesa de pintado pino*, en elegantes sillas rústicas, y nos pone al corriente de cuanto en la Granja acontece.

Después, entramos en aquella linda casita, graciosa y coquetona como un nido de amores, tan artística, tan llena de preciosidades, de regios recuerdos y de pinturas notables, que no podemos menos de felicitar al autor de éstas, el señor Pérez de Castro, mayordomo de semana de su majestad. Esta casa fué varias veces visitada por el difunto rey Don Alfonso XII y por sus augustas hermanas las infantas Doña Isabel y Doña Eulalia.

Agradecidos á la amable hospitalidad de los señores de Pérez de Castro, abandonamos con pena su morada y penetramos en la Granja.

La colonia es numerosa y aristocrática; el aire fresco y puro; el tiempo hermoso; hay muchos carruajes particulares que cruzan á la continua los senderos; muchos jinetes, y no pocos ciclistas; en el teatro, el antiguo trono de doña Paquita, funciona una compañía de verso muy aceptable, bajo la dirección del matrimonio Rodríguez-Rubio; y, no obstante todo esto, los que hemos veraneado otras veces en aquel sitio, notamos un vacío inmenso, imposible de llenar: la presencia de su alteza, la popular y querida infanta Doña Isabel.

Recordamos como se *la* veía por las mañanas en el *corro*, saludando afablemente á las personas de la colonia; la veíamos por la tarde guiando con intrépida maestría seis briosas jacas, siempre acompañada en su jardinera por ilustres damas y bellas señoritas; y de noche, ya presidiendo la función, desde su palco proscenio, ya sorprendiendo á los contertulios de la ilustre duquesa de Ahumada, inconsolable hoy por la ausencia de su querida infanta.

Luego, aquellas deliciosas excursiones á la Boca del Asno, á Riofrío, al Páular, á Peñalara; aquellas fiestas infantiles en los jardines de Palacio; todo lo que constituía el encanto principal de la colonia veraniega.

En los momentos que hemos permanecido en el Real Sitio, la gente está aún impresionada con la reciente muerte del ilustre marqués de Monte-Virgen y de San Carlos, uno de los nobles más caballerescos de nuestra sociedad; el anciano prócer fué grandemente aficionado á las letras y á las bellas artes.

Intimo amigo del inmortal Zorrilla, conservaba como preciadas reliquias, los manuscritos originales de algunas de las obras del insigne vate.

Coleccionador infatigable de obras de arte retrospectivo, reunió en su morada de la calle de San Bernardo, un verdadero museo arqueológico, de excepcional importancia.

Estaba casado con una dama que ha sabido rodearse de todos los respetos que inspiran la bondad y el talento.

Descanse en paz el noble marqués de San Carlos.

Con esta triste impresión, con esa vaga melancolía que deja siempre la pérdida de un amigo afectuoso y de una personalidad notable, emprenderemos el viaje de regreso, no sin detenernos en *Quita-pesares*, que, para justificar más su nombre, alberga en su recinto suntuoso á una familia muy agradable, la del conde de Malladas.

Siéntese también en esa mansión faustuosa, residencia un tiempo de la reina Doña Cristina de Borbón, la nostalgia de otras épocas más felices, y acuden en tropel á la imaginación del visitante memorias de magníficas fiestas allí celebradas.

Fuerza será, sin embargo, dejar á un lado poéticas remembranzas, si hemos de llegar á tiempo á Segovia para tomar el tren que nos lleve á la capital de Guipúzcoa.

San Sebastián está de gala; llegamos en la *gran semana*; Arana, el infatigable empresario, ha organizado magníficas fiestas con las indispensables corridas de toros; varios *sportmen* emprendedores, como los señores marqués de Tovar y conde de Caudilla, han introducido allí el *Polo*, el

Foot-ball, el *tiro de pichón* y otros ejercicios de moda; las damas, convocadas por la ilustre señora del general Marín, preparan funciones, para allegar fondos con destino al socorro de los soldados repatriados; la marquesa de Squilache, en uno de esos rasgos, en ella tan frecuentes como espontáneos, ha ofrecido 2,000 duros... San Sebastián, pues, está de fiesta. La marquesa de la Laguna, tiene, como siempre, su *corro* de políticos; en el parque del hôtel de los condes de Caudilla se reúne á veces la sociedad aristocrática; en la terraza de la generala Marín, que mira á la Concha, se reúnen también algunas amigas de la gentil Purita; en el Hôtel Continental, donde se hospedan la marquesa de Aguiar y los marqueses de Riscal, hay animadas tertulias; el Casino concurridísimo; el teatro lleno.

Tertulias en pequeño no faltan; al tresillo juegan muchas noches con la encantadora condesa de Requena y su madre, el marqués de San Saturnino, don José del Rivero, las condesas de Armir y de Madrán, las señoritas de Ruiz y otros.

Llegan numerosos extranjeros y españoles, con objeto de asistir á las corridas de toros; la animación es grande; solamente la frente se nubla y el ánimo se contrista al contemplar solitario y sombrío, avanzando sobre las olas, el Palacio de Miramar...

El *juguete* nos espera: ¡A Zarauz!

La playa de las elegancias, el emporio de la crema está *au grand complet*.

Pero ¿qué vida se hace? Paseos en coche, excursiones á San Sebastián, á Cestona, á Loyola, y sobre todo tresillo, mucho tresillo, y *poker*.

El ilustre general Martínez Campos juega al tresillo con las marquesas de Squilache y de Villadarias; en casa de los marqueses de Monteagudo hay animadas partidas de *poker*, de las cuales forman parte casi todos los que constituían su habitual tertulia en su palacio de Madrid: el duque de la Unión de Cuba, el marqués de Somosancho, el de Villadarias, Pepe Vera, etc., etc.

Fuerza será emprender el regreso, si esta crónica ha de llegar á tiempo á nuestros lectores.

Pisamos el suelo de la Corte en el momento en que un suntuoso cortejo fúnebre atraviesa la calle de Alcalá. Descubrámonos con respeto. Es el entierro de un Grande de España que ha sabido hacer honor á sus timbres: la carroza, cubierta de coronas, conduce el cadáver del egregio conde de Xiquena. R. I. P.

MONTE-CRISTO



MTRO. SALVADOR GINER (Valencia).

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA EN COLOR; de A. Coll.

Predicción gitana. Caricaturas de Miguel Navarrete.

PÁGINAS EN COLOR: *Decorativa*, de Fernando Xumetra.

¿Te acuerdas? Poesía de Víctor Balaguer.

Lejos del mar. Poesía de Manuel del Palacio.

A misa de alba. Cuadro de Sans Castaño.

Flores silvestres. Cuadro de Francisco Miralles.

Marina. Cuadro de Enrique Serra.

PÁGINAS EN NEGRO: *La viuda pobre*. Ficción poética. Artículo original de Francisco Tomás y Estruch; con orlas de Passos.

Dos primas. Artículo de Miguel Guilloto Dumonche, ilustrado por Cuchy.

Personalidades andaluzas. — Excmo. Sr. D. Guillermo Lúa y D. Eugenio Agacino. — Retratos, y artículo biográfico, de M. E. G.

Recuerdos de un viaje á Andalucía. Notas artísticas de Alvarez Dumont.

La Serie. — Cuento de Eusebio Blasco, ilustrado por Fernando Sánchez Covisa.

Mtro. Cándido Orense (Retrato).

MOSAICO.

REGALO. — *Zoraida*. Serenata para piano, original del Mtro. Cándido Orense (Granada).

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Labielle.